

C. G. Bernabé

Félgora
y el secuestrador de sueños

La vida

(Tal y como le fue devuelta a la paciente G. Gamo)

Un brillante círculo de luz albina comenzó a dilatarse mientras abría los ojos. Las punzadas eran intensas, como larguísimos alfileres que atravesaban su cabeza lentamente. Cerró los ojos de nuevo, con el corazón latiendo frenéticamente en su pecho. El impulso de toparse de nuevo con la imagen del mundo era incontrolable, pero mucho mayor era el reflejo de protección que le obligaba a volver de nuevo a la oscuridad. La luz dolía en su cabeza y su cuerpo apenas reaccionaba. Desconocía el lugar en el que se encontraba, tal vez una cama, pero era imposible jurar si así era realmente. Unos pitidos acuchillaban sus oídos, que parecían batirse en duelo con sus globos oculares para acaparar la atención de su sufrimiento. Volvió a intentar abrir los ojos con cuidado. Las punzadas la obligaron a detenerse mientras los pitidos comenzaron a repetirse con violencia, cada vez con menor frecuencia y haciendo que nuevos sonidos plagaran el aire y aceleraran todavía más su corazón. Sus manos respondieron a la tensión y apretaron una superficie blanda y rugosa. En su cabeza aquella textura dibujó una nube algodónada, después un desierto y finalmente una sábana. Quiso abrir los ojos de nuevo. Más dolor.

Un prolongado chirrido precedió al sonido de unos pasos agitados. Después algo frío la agarró del brazo.

—Tranquila, respira hondo —dijo una melódica voz femenina.

Después sonaron un nuevo chirrido, más pasos y un eco metálico que se mantuvo ondeante después de un choque.

—¡Avisad inmediatamente al doctor Salas! —exclamó la misma mujer, desprendiéndose esta vez de su dulzura y adoptando un tono mucho más severo.

—¿Ha despertado? —inquirió con exaltación una segunda voz, áspera y adornada con un rítmico acento.

—Eso parece —respondió secamente la primera.

Voces y pasos agitados brotaron cada vez con más intensidad. Ahora percibía un olor dulzón, mezcla de una fragancia cítrica y el aroma de algún alimento cocido, que cobraba intensidad tras cada chirrido. Algo frío volvió a posarse en su brazo. Después notó una gran presión en su pecho y algunos pinchazos en las piernas que empezaron a ascender hacia el abdomen. Sin embargo, ninguno fue tan fuerte como el que volvió a recibir su cabeza cuando algo tiró de su párpado hacia arriba y una potente luz se proyectó directamente sobre su retina. Creyó estar cayendo a gran velocidad mientras soportaba aquel destello. Quedó liberada tras unos segundos y la oscuridad volvió a acogerla entre temblores.

—Déjame ver, Paula —dijo una voz grave después de uno de aquellos chirridos.

Otro fogonazo de luz blanquecina fundió su retina a la más terrible punzada, que en esta ocasión se manifestó en un espasmo en el brazo con el que trató de librarse de la amenaza.

—Es increíble —musitó una voz aguda todavía desconocida.

—¿Me escucha, señorita Gamo? —preguntó la voz grave—. Soy el doctor Salas, de la clínica privada...

—¿Estoy en...? —su voz se quebró antes de poder terminar. La garganta le ardía como una chimenea que expulsara palabras de humo—. ¿Dónde...?

—¿Está hablando? —preguntó con estupefacción una nueva voz que se detuvo tras unos pasos arrastrados.

—Definitivamente es increíble —repitió la voz aguda.

Poco a poco, sus párpados comenzaron a retirarse como delicadas gasas movidas por la brisa. La luz seguía siendo molesta al más leve roce con sus ojos, pero las punzadas habían atenuado la saña con la que atacaban a su cabeza. El mundo se le mostraba lentamente como el infinito pintado de blanco brillante, resplandeciente y pulcro. Sin embargo, pronto comenzaron a salpicar las primeras sombras, apenas unos cuantos borrones que manchaban la claridad como pequeños lagos que se extendían en medio de la nada. Después éstos comenzaron a perfilarse junto a nuevos borrones que acompañaban al germinar de los primeros colores. Siluetas y volúmenes surgieron como flores que se abren al sol de primavera; y tras ellos, las texturas, toscas y pronunciadas al

principio para más tarde dar paso a la delicadeza de los detalles, que nutrieron a la habitación que se mostraba frente a ella de un nuevo sentido.

—Señorita Gamo, es importante que...

—¿Quién hubiera imaginado...? —comentó con un leve susurró, interrumpiendo a un hombre de mediana edad que la contemplaba con unos grandes ojos negros.

En la sala —una habitación de paredes blancas iluminada por un gran ventanal— se congregaban unas seis personas alrededor de su cama. Varias de ellas la contemplaban atónitas, con los brazos y la mandíbula colgando a la espera de que sus ojos recordaran cómo se parpadeaba. Una joven de pelo rubio y ojos achinados había parado de escribir y mantenía el bolígrafo en alto, tal vez creyendo que todavía seguía con su tarea. Nadie parecía respirar, y sólo el hombre de grandes ojos negros, ataviado con una bata blanca y un fonendoscopio que colgaba de su cuello, parecía resistirse a caer en el abismo de la sorpresa.

—¿Puede escucharme con claridad? —le preguntó éste después de acercarse un poco más a ella, dejando a la vista un pequeño cartelito colgado del pecho en el que se leía: Dr. Carlos Salas.

—Sí —afirmó después de tragar saliva y sentir como si la garganta se le quebrara—. Sólo estoy un poco confundida y me duele la cabeza. Creo que también tengo algo roto. Siento como si todos mis huesos estuvieran molidos.

La joven de pelo rubio dejó caer el bolígrafo al suelo, pero no hizo ni el menor amago de querer recogerlo, puede que incluso no fuera consciente de que se le había resbalado entre los dedos.

—Fascinante —murmuró la dueña de la voz aguda, una mujer de pelo canoso y grandes gafas de pasta transparente.

—¿Recuerda su nombre? —inquirió esta vez el doctor.

—Me llamo...

Tuvo que detenerse unos segundos. Conocía su nombre, pero ahora dudaba de su apellido. Otro se interpuso en el preciso momento de pronunciar su identidad.

—Me llamo Gloria Gamo, claro que lo recuerdo. ¿Por qué no debería poder hacerlo?

El doctor Salas agachó la cabeza unos instantes. Después miró a sus compañeros rápidamente y se giró hacia Gloria para decirle:

—Señorita Gamo, no va a ser fácil asimilar lo que voy a decirle, pero tenga por seguro que haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarla.

Gloria frunció el ceño y apretó las sábanas con fuerza.

—Ha estado en coma durante un tiempo y debemos ir poco a poco...

—¿En coma? —dijo ella en apenas un susurro.

—Es necesario que...

—¿Cuánto tiempo? —preguntó rápidamente.

—Tendremos que...

—¿Cuánto tiempo?! —exclamó impulsivamente, haciendo que algunos de sus huesos crujieran al unísono.

El doctor Salas la miró fijamente y dijo con todo el tacto del que disponía en un momento de tensión como aquel:

—Ha permanecido en ese estado durante cinco años, Gloria.

Un vacío inmenso se apoderó de su mente en aquel momento. Comprendía lo que se le había dicho, pero asimilarlo era una tarea imposible. Cualquier emoción, sensación o pensamiento carecían de sentido después de oír esas palabras. Ni siquiera podía sentirse perdida o confusa, pues ni esos estados se le mostraban al alcance para ser concebidos. Sin embargo, tras conocer aquello, algo se coló en su mente con mayor claridad, algo privado de lógica como el resto de elementos, pero que componía la única nota de cordura en aquella situación. Un nombre, el nombre que hacía un segundo había aparecido en su cabeza y que sentía muy cercano. Un nombre demasiado conocido y que, de alguna forma, reconocía como propio: Gloria Decourt.

Preocupaciones

Aquel domingo por la tarde, después de casi dos días de análisis y estudios, el doctor Salas permitió a Gloria salir al pequeño jardín central de la clínica. Por el camino la siguió una comitiva de enfermeros y curiosos a los que el extraño caso de la paciente G. Gamo había llegado casi en forma de leyenda.

En el exterior hacía un calor sofocante. Un gran cúmulo de nubes surcaba el cielo mientras jugaba a ocultar y mostrar el sol entre sus muchos huecos de vapor algodonado. La ligera brisa traía consigo el perfume de los jazmines, que se aferraban a los muros de la cara norte del edificio. El jardín crecía en el patio central de la clínica. Cuatro bancos señalaban los puntos cardinales justo en cada extremo de una rosa de los vientos diseñada con flores, que germinaban entre la hierba que cubría el suelo del atrio.

Después de librarse de los curiosos y aceptar alguna que otra felicitación, Gloria se sentó en el banco del oeste y contempló el pequeño cuaderno de tapas color ceniza que sujetaba entre sus manos. El doctor Salas le había entregado aquel reducido libro en blanco el día anterior para que escribiera todo lo que sentía, todo aquello que pasaba por su mente, sus dudas, sus preocupaciones y cualquier cosa que necesitara ordenar desde fuera, desde cualquier otro lugar que no fuese su mente. En realidad apenas podía pensar en algo concreto. Había tanto en lo que meditar que el simple hecho de tratar de comenzar por una cuestión determinada vetaba cualquier cavilación. La imagen de su hijo llegaba a cada momento como único destello entre la niebla de sus ideas. Sin embargo, todavía no quería ser consciente de lo sucedido, no podía reflexionar sobre aquello, era demasiado sobrecogedor y abarcaba mucho más de lo que ahora podía soportar.

—Una tarde estupenda, ¿verdad? —comentó alguien a su derecha.

En el banco del sur, una anciana de pelo canoso y diminutos ojos oscuros terminaba de tomar asiento, apartando a un lado su bastón de madera y su bolso de cuero blanqueado y recolocando su falda estampada con flores.

—Tal vez un tanto cálida de más. Debe de ser la lluvia que se aproxima —añadió, elevando la vista hacia el cielo y sonriendo.

—Sí, hace demasiado calor —asintió Gloria sin interés.

—Espero que salga de aquí pronto. Me refiero a usted, joven —indicó sonriente después de que Gloria frunciera el ceño—. Se le ve demasiado viva para estar en un sitio como éste.

Gloria compartía con el resto de pacientes el pijama color azul claro con el logotipo de la clínica recamado en el bolsillo del pecho.

—Yo también lo espero —musitó Gloria—. ¿Usted viene de visita?

—Podría decirse que sí.

Gloria volvió a fruncir el ceño y esperó a que la anciana continuara.

—Vengo a terminar mi poemario —especificó después de un tiempo—. Creo que éste será el último que escriba.

—¡Vaya! ¿Es usted poetisa?

—Supongo que lo soy en secreto, porque la mayoría de la gente sólo piensa que soy ama de casa. Al principio escribía mis poemas mientras esperaba al autobús, cuando aguardaba a que mi nieto saliera del colegio o esperando a que la comida terminara de prepararse en el horno. Podríamos decir que una ocupación nace de la ausencia de la otra, o puede que simplemente escriba por aburrimiento mientras espero —La anciana guiñó un ojo y mostró una amplia sonrisa a Gloria.

—¿Nunca ha publicado ninguno de sus poemarios? —inquirió Gloria, levantándose para sentarse junto a su compañera del sur.

—Nunca —respondió tras apartar sus cosas para hacerle hueco a su nueva tertulia—. No es que no quiera, es simplemente que dudo que alguien los encuentre interesantes.

—Estoy segura de que más de una persona podría ver su propia experiencia plasmada en ellos. ¿Ha terminado muchos?

—Éste será el séptimo y último.

—¿Por qué está tan segura de que será el último?

Su compañera de banco suspiró y, levantando mucho las cejas, dijo graciosamente en un susurro:

—Siempre digo que es el último. Es para darle mayor importancia.

Ambas se contemplaron con una amplia sonrisa de complicidad. Después, la anciana metió la mano en su bolso, extrajo un delicado cuaderno de tapas rosas, lo abrió y mostró a Gloria la primera página, en la que, escrito con una cuidada caligrafía, se leía:

Lucía Linares

De la enfermedad y las infinitas palabras que la curan.

—Supongo que ahora entenderá por qué vengo aquí.

Gloria asistió, rozando levemente la página con la yema de sus dedos.

—¿Usted también escribe? —le preguntó Lucía Linares tras dar un pequeño respingo y señalar el pequeño cuaderno de tapas color ceniza.

—No, no... —Gloria se encogió de hombros y pasó las páginas en blanco rápidamente con el dedo pulgar—. Es simplemente una libreta para apuntar mis pensamientos y preocupaciones, pero la verdad es que no sé por dónde empezar.

Lucía soltó una leve carcajada y permaneció unos segundos contemplando a Gloria con dulzura.

—¿No cree que ése es ya en sí el comienzo perfecto?

Gloria miró el cuaderno de soslayo y luego volvió a contemplar con ceño a Lucía.

—No lo entiendo —dijo finalmente.

—Su cuaderno debe comenzar así, plasmando su primera preocupación: no saber por dónde empezar. Estoy convencida de que una vez que lo escriba, las propias páginas en blanco serán las que le ayuden a proseguir. Únicamente están esperando a que empiece desde aquí, desde este punto.

La brisa corrió en ese momento cargada de frescura. La fragancia de los jazmines llegó acompañada de matices cítricos, menta y espliego, y alrededor del patio sonó un campanilleo metálico que se perdió entre los bancos. Gloria

cerró los ojos y respiró profundamente. Una indescriptible sensación de bienestar colmaba cada rincón de su alma, y por un instante, sólo durante un par de segundos, todo estuvo en el lugar que le correspondía. No era necesario ordenar nada, pues todo se mostraba tal y como se esperaba.

Una gota cayó sobre su frente. Después otra sobre su párpado derecho, y sobre su mejilla, sobre su nariz, sobre su cuello...

—Ya está aquí. La lluvia que venía anunciándose desde hacía horas—dijo Lucía, metiendo su cuaderno rosa en el bolso—. Creo que será mejor que termine el poema en casa.

—Aunque haya sido breve, me ha encantado conversar con usted—comentó Gloria, poniéndose en pie junto a Lucía y ayudándola a recoger sus pertenencias—. Espero que volvamos a coincidir.

—Estoy convencida de que así será, y para entonces, espero que ya haya comenzado a recapitular sus memorias.

Gloria sonrió como única respuesta y ambas comenzaron a dirigirse hacia el interior de la clínica, bajo la cada vez más intensa lluvia de julio.

Después de despedirse de Lucía y aceptar resignada su corta visita al exterior, Gloria regresó a su habitación para tumbarse un rato. Le esperaba una larga tarde en soledad, interrumpida únicamente por las periódicas y breves visitas de los enfermeros. Era ella y su cuaderno en blanco en medio de la crueldad del tiempo, que siempre parece ralentizarse cuando más se necesita de su presteza.

El bolígrafo que le había dejado el doctor Salas apenas debía de medir unos doce centímetros. Era de metal oscuro, decorado con una filigrana dorada alrededor del extremo que debía girarse para que la punta apareciera. Gloria lo tomó con seguridad y escribió en la segunda hoja de su cuaderno:

No tengo ni idea de por dónde comenzar.

Después leyó la frase un par de veces y escribió un poco más abajo:

Espero que todo empiece a cobrar sentido en mi vida.

Ésas fueron las únicas dos frases que escribió aquella tarde, pero estuvo segura de que no habría podido comenzar aquel cuaderno de otra forma.

Sin embargo, justo a la mañana siguiente, cuando el sol salía por el horizonte y comenzaba a derramar su luz dorada sobre la Tierra, el bolígrafo y el cuaderno que reposaban sobre su mesita fueron agarrados con rapidez nada más abrir los ojos. Había tenido un sueño realmente inquietante y necesitaba anotarlo antes de que olvidara los detalles. Esto fue lo que Gloria escribió entonces:

Aparezco en medio del mar. Amanece, y en el cielo todavía pueden verse algunas estrellas. El agua está calmada. Ninguna ola. De pronto, a pocos metros de mí, una enorme cola de ballena rompe la calma, levantando una gran columna de agua. Es la cola más gigantesca que jamás he visto. Siento miedo, pues bajo mis pies, una criatura de inimaginable tamaño tiene mi diminuta presencia a su merced. Otro par de colas aparecen de improviso a lo lejos. Hay muchas más ballenas a mi alrededor. Chorros de agua salen disparados hacia el cielo con fuerza. No sé por qué, pero me río. Mientras escribo esto vuelvo a verlo todo. Es como si estuviera allí de nuevo. Cuento unas siete ballenas. Son grandes ballenas azules. Son hermosas. Ya no me da miedo su presencia. Es como si yo fuera una de ellas. Quiero nadar junto a mis hermanas en las cálidas y tranquilas aguas de ese mar que, poco a poco, se ilumina con el sol naciente. Una de ellas asoma por la superficie. Veo su gran ojo y nos miramos, casi como si nos reconociéramos. Comenzamos a nadar juntas. Recorremos el mar a gran velocidad, atravesando corrientes y pequeños bancos de peces plateados que nos saludan. Yo voy en último lugar, justo tras una de las crías que gira hacia mí para comprobar que sigo junto a ella. Pronto aparecen rocas. No sé de dónde han salido, pero de repente, la profundidad de un inmenso mar se ha transformado en una especie de quebrada submarina que nos obliga a ir en fila india. Se oyen ecos, y varias luces de color violeta pasan sobre nuestras cabezas. Las ballenas están cantando, pero sus ecos comienzan a perderse. No sé cómo sucede, pero la pequeña ballena que me guía cae al vacío y tras ella me precipito yo junto al resto del grupo, que sigue cayendo por una cascada que ha aparecido al final de la quebrada.

Una tras otra van lanzándose por el salto de agua hasta un río, un río rodeado de exuberante vegetación y unos altísimos postes de madera tallada. Parecen tótems, pero son demasiado altos. Tienen algo grabado. No puedo fijarme bien en lo que hay escrito. Yo también he caído junto a mis compañeras ballenas, pero ya estoy de pie y contemplo el paisaje. No recuerdo la caída, ni cómo el grupo de ballenas se ha puesto en pie sobre sus colas. ¡Las enormes ballenas están de pie, en la orilla del río, junto a mí! La más grande de todas me sonrío y me saluda con una de sus gigantescas aletas pectorales. Todas comienzan a cantar y yo entiendo su mensaje, su música llena de mil matices. Se me acaban de poner los pelos de punta al recordarlo. No hay palabras para describirlo. No es posible comparar la sensación de entender su significado. Sus sonidos son la medida de mis pensamientos. Eso es lo único que se me ocurre decir para describirlo. No tiene sentido. Las luces violetas vuelven a pasar por mi lado. Me giro hacia ellas. Parecen perderse en la espesura del bosque. Cuando me doy la vuelta de nuevo sólo queda una ballena. Es una de las crías. Me sonrío y me dice: «Ya has llegado». Me habían guiado hasta allí desde el principio. Quiero abrazarla. Sin embargo, cuando intento acercarme a ella, una gigantesca aleta sale del río que discurre tras la cría y se la lleva. Siento miedo. Era muy grande aquella aleta, y no nos ha dado tiempo a despedirnos. Vuelven a interesarme aquellas luces violetas. De repente ya estoy en el bosque. Las plantas parecen querer detenerme con sus ramas. Veo las luces al fondo. Quiero tocarlas. He llegado a un claro de la foresta. El resplandor violeta llegaba desde allí. Está iluminando algo que aparece justo en el centro. Es una especie de puerta en mitad del claro. Está de pie, allí sola sin apoyarse en nada. No es una puerta, es un cuadro, con el marco de cobre. En el lienzo hay pintado un hombre de unos treinta años. ¡La pintura se mueve! Me está sonriendo. Me ofrece su mano y yo la agarro sin pensar. ¡Estoy atravesando el cuadro! Hace calor y todas las emociones que he sentido en mi vida se concentran en un segundo. Creo que voy a explotar. Veo mil colores, huelo mil fragancias que acompañan a otros tantos sabores que eclosionan en mi boca. Cien melodías consiguen que un par de lágrimas resbalen por mi cara. Es hermoso y terrible al tiempo, pero acaba cuando llego finalmente al otro lado del marco, donde sólo le veo a él, que me sonrío con la más dulce sonrisa que he visto nunca. Conozco a este hombre. Lo conozco demasiado, pero no recuerdo nada. Su rostro se desdibuja y gira en torno a un remolino de colores, después de que todo se haya deshecho como arena llevada por el viento.

Después de eso he despertado.

Gloria cerró el cuaderno con la goma grisácea que lo prensaba y lo depositó junto al bolígrafo sobre la mesita. Había escrito todo aquello sin detenerse un segundo. Lo recordaba paso por paso, tal y como lo acababa de soñar aquella misma mañana. Sin embargo, estaba convencida de algo que no podía ser cierto, que carecía de sentido. Sin lugar a dudas, aquello no había sido un simple sueño. Lo percibía como un episodio más de su pasado que volvía con gran intensidad a su memoria. Cuanto más lo repasaba, más segura estaba de que, al igual que el resto de capítulos de su juventud, aquella imposible experiencia se había cruzado en su camino con anterioridad, y ahora, después de un largo sueño, volvía como un fantasma más al que se debía enfrentar.

El cuento

En el extenso mar, cuando los continentes habían vuelto a juntarse y permanecían como una enorme isla al norte, vivía en un barco un chico llamado Félgora. Navegaba de un lado a otro sin rumbo aparente, alimentándose de los peces que se engancharan en sus redes y bebiendo el agua que conseguía desalar su extraña botella de cobre. No conocía a sus padres, ni a ningún otro ser que se le asemejara. Desde que tenía memoria había estado solo, surcando la infinita superficie azul en su pequeño barco de madera.

Con él llevaba pocas cosas, todas ellas guardadas en su gran bolsa de cuero con el hipocampo dibujado: unas cuerdas, redes, un enorme cuchillo que hizo con el hueso de una ballena, una especie de manta elaborada con centenares de gigantescas escamas de un monstruoso pez verdoso, su botella de cobre desalinizadora y el mapa. Por supuesto, de todos esos objetos, este último era el más importante. El mapa lo significaba todo. Sin él la vida carecía de sentido, pues era a través de él como Félgora conseguía todo cuanto deseaba.

Se trataba de un antiguo papiro que encontró en su última visita al gran continente, que cada vez parecía hundirse más y más. El mapa cambiaba según las islas y el gran continente iban transformándose y desplazándose a través del mar. Según aquel trozo de papiro, además del gran continente, sobre el mar flotaban otras diez superficies. Todas ellas parecían relacionarse misteriosamente y Félgora sabía que algún día emprendería un viaje para descubrir el papel que jugaba cada una. Él conocía cuatro de esos diez islotes que recorrían el mapa de una esquina a otra. Por una parte se encontraban las montañas gemelas: dos altísimos bloques de roca, como almenas que nacían de las aguas. En ellas crecían algunos árboles y arbustos, pero lo más llamativo era el gigantesco cuenco de bronce que coronaba la más escarpada de ellas. Allí Félgora encendía un fuego que servía como faro, pues a unas tres leguas hacia donde el sol se escondía, se solía encontrar anclada la

tercera de esas superficies. Se trataba de una gran plataforma de madera y piedra sobre la que Félgora depositaba el gran tesoro que había ido recolectando durante toda su vida, y es que, el chico, por extraño que pareciera, pescaba las obras de arte que los antiguos habitantes del planeta habían abandonado en sus ciudades y que ahora salían a la superficie desde los museos inundados. Había reunido elaborados libros de todo género, los más hermosos cuadros, columnas de monumentales edificios, gramófonos con conmovedoras piezas musicales, esculturas de elegantes formas, enormes rollos de celuloide con miles y miles de fotogramas de películas y obras de teatro, y unas singulares cajas en las que podían verse figuras danzando con el aire. Las siete artes al completo se encontraban en una diminuta isla artificial en medio de la inmensidad del mar, y sólo allí volvían a tener sentido. Sin embargo, Félgora desconocía la forma de admirar semejantes objetos, así que un día emprendió ese viaje que siempre había esperado a bordo de la cuarta superficie conocida: su pequeño barco de madera.

Las otras seis islas se encontraban en el otro extremo del papiro, más allá de las olas que había cruzado. En ellas esperaba hallar la clave que le enseñara cómo evocar la magia que guardaban los frutos de su pesca, algo que deseaba con toda su alma.

A los tres meses llegó al primer islote. Era un pequeño montículo de tierra cubierto de hierba verde y brillante, y justo en el centro de éste, crecía un robusto árbol de fuertes ramas y raíces. Sus hojas eran doradas, y en algunos puntos brotaban hacia abajo, colgando de finos tallos hasta convertirse en algo así como campanas. Lo realmente sorprendente era que cuando el viento las sacudía, éstas sonaban como campanillas reales y su eco se perdía entre la espuma de la orilla. Cuando Félgora puso un pie sobre ella, una voz sonó como un trueno y formuló el primero de los acertijos:

*«Me alimento de palabras
y con ecos me deleito.
Las siete notas voy buscando
y con ellas me sustento»*

El chico guardó silencio entonces, sin saber si hallaría la respuesta, pero mientras esperaba, las campanillas doradas se agitaron con la brisa y su sonido, antes de perderse de nuevo en la espuma, llegó directamente a la solución. «El oído», contestó Félgora, y el suelo

tembló. «Con la respuesta justa has dado, y una flor has ganado», dijo la atronadora voz. Entonces, entre las raíces del árbol, creció una flor de un dorado muy pálido, casi plata, una flor de siete pétalos perfecta y afilada. Félgora la tomó y la guardó con cuidado. «¡Gracias!», exclamó con alegría, y se subió de nuevo a su barco para proseguir su viaje mientras la isla le contestaba con una hermosa melodía de campanas que se perdió entre la espuma.

Dos meses más necesitó para llegar al siguiente islote, situado hacia el oeste, tras un grupo de olas que bramaban con fiereza. Se trataba de una especie de cráter rugoso, alto y cubierto de musgo, en el que crecían salvajemente miles de flores y arbustos diferentes. Colores que jamás había visto se fundían con perfumes imposibles y fragancias que acariciaban el alma. También se distinguían hedores terribles que causaban mareos y pestilencias jamás concebidas, y todas juntas, como un coro de aromas, formaban la esencia del segundo islote, que recitó con voz dulce en cuanto Félgora la pisó:

«Cuando todos duermen
yo siempre sigo bien atento,
pues por mis puertas entra la esencia
que te mantiene en movimiento»

Félgora tomó aire y pensó durante un tiempo, pero pronto fue consciente de que al respirar, al recibir la vida, unas puertas pequeñitas le habían traído también los olores, y respondió: «El olfato». Entonces el cráter exhaló una fragancia indescriptible y la voz dulce dijo: «Con la respuesta justa has dado, y un tallo has ganado». Y enseguida, en un pequeño hueco entre las flores, creció un fino tallo dorado que Félgora tomó. Bastó con cogerlo para saber que encajaría perfectamente en la flor y que ambos premios se habían creado para estar unidos. «¡Gracias!», exclamó efusivo. Y tras guardar su reciente tesoro, subió de nuevo a su barco para continuar su viaje mientras la isla le contestaba exhalando un último e increíble perfume.

Un mes tuvo que pasar para que llegara al nuevo islote, casi perdido hacia el norte. Apenas lo distinguió al principio, camuflado entre los últimos bloques de hielo del planeta, que aparecían como puntitos insignificantes en el mapa. La tercera superficie era una torre de cristales, puntiaguda y tremendamente brillante. Destellos de todos los colores se proyectaban en las aguas desde sus miles de pulidos lados

que jugaban como espejos. Aquí y allá surgía un fulgor verde, otro rojo, uno azul y uno violeta, y en cascada brotaba el amarillo, el naranja y el rosa con fuerza. Fue allí, entre aquel arco iris transformado en remolino, donde una áspera voz bramó con la llegada de Félgora:

*«Engañosa soy a veces
y tu mente yo confundo,
mas con los siete colores
el mundo que te rodea descubro»*

Una pícara sonrisa se dibujó en el rostro de Félgora, pues en esta ocasión fue fácil la respuesta. «La vista», contestó alegremente, y todos los cristales brillaron al tiempo, improvisando lo que parecían nuevos e inimaginables colores. «Con la respuesta justa has dado, y un cilindro has ganado». El cristal que aguantaba el peso de sus pies se quebró, y un tubito dorado asomó por la grieta. Félgora lo tomó y lo deslizó sobre el tallo hasta que se ajustó a la base de la flor de siete pétalos. Comprendía que lo que recibiera formaría un todo y por eso encajaría. Después guardó sus regalos y volvió a su barco para continuar con su viaje. «¡Gracias!», exclamó con júbilo, y la isla le contestó con un brillo inigualable que tapó el sol con miles de colores que se quedaron suspendidos en el aire como auroras boreales.

De nuevo tres meses le hicieron falta para llegar al cuarto islote, anclado hacia el sur sobre las aguas templadas. Desde la distancia se advertía su peculiar forma y su vistoso color rojizo, y pese a que era la más enorme que jamás sobre el mar se había colocado, aquello seguía siendo una simple y redonda boya. Félgora no había visto ninguna antes, así que se acercó a ella con cuidado y la observó con curiosidad por un momento. Justo en la cima de su pulida superficie esférica se alzaba un banderín amarillo que ondeaba con la brisa, y en el otro extremo, en la otra mitad de la enorme bola, una cuerda que soportaba un gigantesco plomo facilitaba el ascenso de moluscos y algas que terminaban invadiendo la parte sumergida. Cuando Félgora saltó sobre ella y se agarró al banderín para no resbalarse, una voz chillona comenzó:

*«Los siete días de la semana
necesitarás para buscarme,
mas en cada uno de los segundos*

por tu piel podrás hallarme»

Félgora frunció el ceño y suspiró. Esta vez no resultaría tan sencillo. Y preocupado por no dar con la respuesta, resbaló por la superficie de la boya y cayó al mar sobresaltado. Un segundo duró su caída, y en él, manos, brazos y piernas trataron de aferrarse a algo con desesperación; primero a la pulida mitad seca, después a la rugosa parte sumergida. Entonces, ya en el agua, sacó la cabeza y gritó la respuesta que había sentido: «El tacto». La boya vibró enseguida y anunció la voz chillona: «Con la respuesta justa has dado, y un cilindro has ganado». La punta del banderín se quebró, y otro cilindro cayó en la mano de Félgora, que lo deslizó con cuidado sobre el tallo de la flor que conservaba hasta que quedó totalmente cubierto. Después guardó su regalo y exclamó con vitalidad: «¡Gracias!». Y sin más volvió a su barco para retomar su viaje mientras la isla vibraba enérgicamente y con cada onda Félgora recordaba sus diferentes texturas.

A los dos meses dio con el quinto islote. El mar permanecía en calma aquel día, y ya desde la lejanía Félgora quedó hipnotizado con lo que veía. Cuando estuvo tan cerca como para que ya no cupiera duda alguna, una exclamación escapó de su boca: «¡Una no ballena!». Aquello no tendría sentido si no se tuviera en cuenta que aquella inmensa ballena azul era de plástico y que, por supuesto, Félgora no conocía que semejante material pudiera formar animales. Tardó un tiempo en comprender que no estaba viva, pero ignoraba si existía algún peligro si se acercaba más a ella. Sin embargo, tenía que hacerlo ahora que había llegado tan lejos. Ya casi había terminado, así que recogió todo el valor que encontró en su corazón y saltó de su barco a la única superficie sobre la que podía posarse: la boca abierta de la gran ballena. Tan pronto lo hizo, una voz melodiosa pareció cantar:

*«En la cueva en la que habito
pocas visitas se marchan.
Basta con que a mí me agraden
para en tu vientre encerrarlas»*

Las palabras resonaron en las colosales fauces de la criatura para después colarse por un oscuro túnel que aparecía al fondo. Félgora comprendió entonces la respuesta: «El gusto», y la ballena se balanceó antes de cantar: «Con la respuesta justa has dado, y las cinco puntas

has ganado». Una ráfaga de aire caliente se proyectó desde el túnel con fuerza y un destello dorado salió despedido de la garganta del animal hasta caer en la mano de Félgora. El nuevo premio era una extraña base cuadrada sobre la que desfilaban cinco puntas. Sacó el resto de sus regalos y encajó éste en el extremo final para contemplar qué era lo que había estado buscando. «¡Una llave!», exclamó con sorpresa. Y rápidamente volvió a su barco para seguir su viaje después de gritar animado: «¡Gracias!». A lo que la isla respondió expulsando con energía un chorro de agua por el agujero de su lomo, que empapó a Félgora e hizo que tragara un poco del agua salada sobre la que vivía.

Un mes más bastó para toparse con el sexto y último islote, y fue por pura cuestión de suerte, pues era tan pequeño, tan pequeño, que a Félgora le costó creer que el mapa considerase aquello como una isla más entre el inmenso mar. ¡Era un diminuto cofrecito de madera flotando a la deriva! Sin embargo, era lo más razonable después de todo, pues él tenía una llave y nada mejor que un cofre cerrado para poner punto y final a su viaje. Así que sacó su llave dorada de cinco puntas que nacía de una flor de siete pétalos y la introdujo en la cerradura. Abrió la tapa, miró dentro y se alegró de haberlo encontrado, pues lo que allí halló había sido la razón de su búsqueda. El problema es describir lo que se encerraba en el cofre, su misterioso contenido, el gran enigma que se guardaba entre las humildes y pequeñas paredes de madera. Félgora lloró al contemplarlo como jamás lo había hecho, y con cada lágrima, aquello que encerraba el cofre crecía y crecía. Siento que después de todo este cuento no pueda decirlos qué es lo que encontró, pero es que de nada serviría, pues cada uno vería una cosa diferente y jamás podría explicarla ni enseñarla a nadie. Lo único que puedo hacer es contaros que después de ver aquello, Félgora volvió a su plataforma y comenzó a lanzar las obras de arte al mar, cada vez llorando con más fuerza mientras cuadros, esculturas, libros y demás tesoros se hundían de nuevo en las frías aguas. Y es que, en aquel momento, Félgora había descubierto algo terrible que inundó su corazón de una inaguantable tristeza, pues después de haber comprendido la infinita belleza del arte, las pasiones que había generado, los ideales que había transmitido, y sus incontables detalles capaces de capturar y besar el alma a través de los cinco sentidos, ya no había nadie más que él para disfrutar de aquello, amar y ser amado por la magia del arte, y algo tan grande y precioso se convierte en una tortura si no puede ser compartido.

